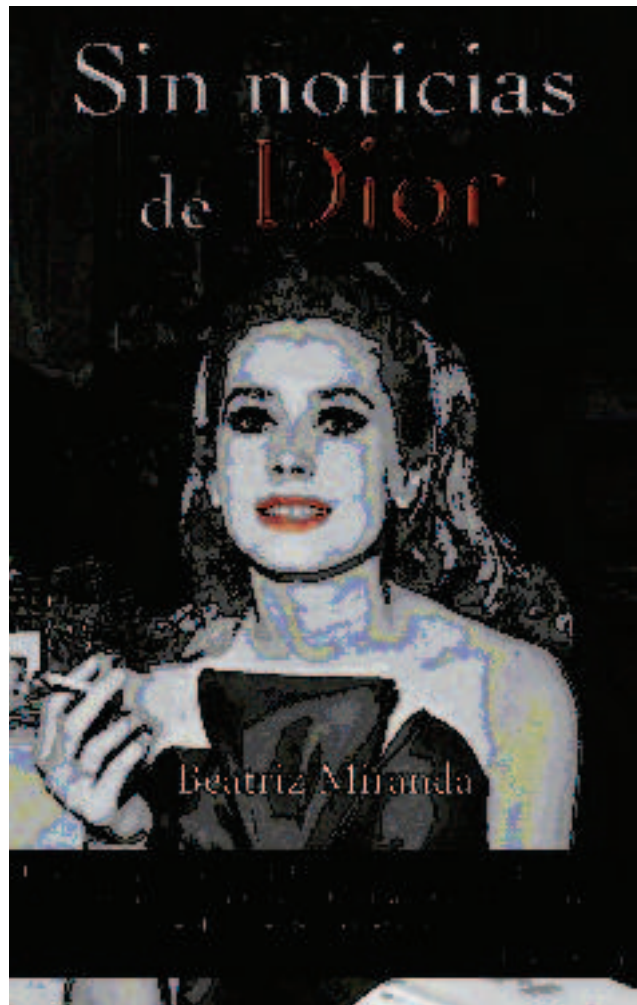


Beatriz Miranda



la esfera  de los libros

Nada

— ¡F loooriiiiiiii!

Esta mujer está cada día más sorda. No puedo con ella. Bueno, sin ella tampoco. Otra vez están sucias las hebillas de los zapatos. Le tengo dicho que les pase un paño una vez por semana. Estos Roger Vivier parecen de un disfraz de D'Artagnan después de que los usara una chica de barra.

—¿Floriiiiiiiiiiiiii?

Debe de estar pasando el aspirador por el salón. Por eso no me oye. Lo de poner paredes de Pladur en este vestidor fue una mala idea. Las roñoserías de Ricardo. Oyes lo que no quieres oír y cuando quieres que te oigan nadie lo hace. Pfffffff. El marco de este espejo también necesita un buen plumero. Vaya mala cara que tengo... ¡Ay! ¡Se me ha clavado algo en el pie! Eso me pasa por ir descalza. ¿Qué

hace una pieza de Lego aquí? Ya ha vuelto a entrar Pedrito. Menos mal que aún no anda y yo paso aquí más horas que Elvi delante del ordenador. ¿Es que nadie vigila a la criatura? ¿Le dejan gatear por donde quiera y no hay un solo enchufe capado en esta casa! Pobrecito mío... Como la moqueta es mullida y las barras de este burro muy frías... Le gusta chupar el metal. A mí también me pirraba de cría.

—¡iiiiiiFLOOO-RÍÍÍÍ!!!!!!

Nada, no hay manera. No sé por qué lleva tantos años trabajando en esta casa. No la puedo soportar. Mira, tampoco me ha brillantado la bisutería antigua de la vitrina y se lo repetí mil veces. Podría poner tanto empeño en ella como cuando se cepilla su dentadura dorada. ¿Cómo permitió que le pusieran esas fundas dentales horribles a los 14 años? Serán de oro auténtico, espero. Ya pueden, porque si no, no tiene sentido semejante faena. Aunque Marga me dijo que en Paraguay solían ponerlas de rodio, como los pendientes de Trifari. Qué horror, aunque en piezas *vintage* este material me encanta.

Flori sí que está *vintage*. Como yo. Tenemos la misma edad, pero parece de la de mamá. Venga, no puedo ser tan cruel. En el Altiplano el brillo dental es señal de poderío. De clase. De casta, de clan. Como llevar un collar de perlas australianas al casino de la calle Alcalá de Madrid, ni en broma al de Torreldones, cuando tienes 15 años. Por cierto, tengo que sacar de la caja fuerte mi gargantilla de perlas. ¿Estaba en el banco, en la caja fuerte o en el joyero? Ni me acuerdo.

Me la pidió el otro día Gadea, pero creo que me voy a hacer la loca. Me da pánico que Pedrito se la arranque y las cuentas se esparzan por las escaleras como en el videoclip de Shakira que me enseñó Ricky el otro día.

—¡¡Flori, chica, haz el favor de subir!!

No pienso gritar más. En realidad no la necesito ahora mismo y me urge más que haga a fondo el salón ahora mismo, que el lunes vienen los chicos a cenar porque quieren ver a los hijos de Flori, que vienen esta noche a pasar una temporada a España. Flori está empanada desde que sabe que vuelven, sobre todo porque viene Luis Javier, que se crio aquí. Los tres llegan hoy a última hora, creo. Voy a apuntar en un papel todo lo que tiene que hacer su madre esta tarde aquí dentro, que no es poco, y se lo doy. Pues luego me pedirá horas libres. Haré una copia porque luego se me olvida lo que le he encargado y no quiero que me engañe una vez más. Que se cree que soy tonta.

Esta mujer... Le viene al pelo llamarse Flori. Está gorda como Florinda Chico. Y le ha venido Dios a ver conmigo, tanto como a Flori Pérez con Amancio Ortega. Me refiero a Dios, pero también a Dior, porque no es la primera vez que le regalo alguna de mis barras de labios gastadas de la *maison*. Y no le da ningún apuro. ¡A mí me daría un repelús heredar cualquier cosa suya! Ayyyyy, esta mujer saca lo peor de mí... Pero la quiero tanto... Bueno, no. La necesito tanto... Si un día se me marcha me da un infarto de miocardio. Yo ya no estoy para enseñar mis manías a otra.

Me fascina contemplar mi colección de cosméticos. Es divina. Qué gran acierto reciclar este secreter con cubiertos de plata que heredé de tía Olympia. Desde que lo vacié e hice brazaletes para regalar con los tenedores, cuchillos y cucharas, en sus cajoncitos tengo todas las polveras que compro por duplicado desde hace más de 40 años. Unas para usarlas y otras para admirarlas. En definitiva, para abrirlas, rozar los logos grabados en sus estuches con las puntas de los dedos, comprobar que sus espejitos no conservan ni una mota de polvo, que las esponjas permanecen vírgenes y aún no las ha ensuciado el producto. Para oler el perfume de los pigmentos... ¡Qué maravilla! Es como estrenar una caja de lápices de una papelería de Biarritz el primer día de colegio.

Cierro con llave por si acaso. Esto solo es para uso y disfrute mío. Una de mis grandes proezas. Mi pieza favorita es un *rouge* de Chanel del año 1969. Tiene un pincel escondido que sale de la base si aprietas un botoncito. Qué buen invento y qué cómodo. Es la primera barra que adquiriré por partida doble. El primer labial, como dicen ahora las dependientas horteras, esas que te llaman «cariño» sin conocerte. Lo compré con una de mis primeras pagas.

Qué generoso era papá. Me dio 100 pesetas de aquella época. Siempre fui una visionaria para estas cosas. Me gustaría que un día alguien tasara mi colección. Porque tendrá algún valor, digo yo. Pero quiero exponer las piezas, no venderlas. Aunque las niñas no las quieran, cuidarán mis polveras como Dios manda. Lo escribiré, mejor dicho, exigiré que se cumpla esa voluntad en mi testamento. Ay, mira esta polvera con un lapislázuli en el cierre... Tengo que hablar con Ricardo... o con la Academia del Perfume.

Me pica la curiosidad. Esta tarde veré a Luis Javier, el hijo pequeño de Flori. ¡Tendrá ya al menos 25 años! Flori llegó a casa embarazada de él y dejó a sus otros dos churumbeles en Asunción, con el padre, que vaya canalla. Crie a Luis Javier como si fuera hijo mío. Flori se empeñó en ponerle un nombre compuesto, como los protagonistas de las telenovelas, pero con dos apelativos españoles porque nació aquí.

Disfruté más a Luis Javier que la propia Flori. Le compraba ropita en Nancy y Chucuchú, le paseaba por el jardín mientras la pobre limpiaba... Pero a los 15 años se marchó de aquí en busca de sus orígenes. Para reencontrarse con sus raíces. Aún me siento culpable de no haberle retenido. Pude haberle metido en vereda, insistirle en lo mucho que habíamos invertido en su educación y explicarle todavía más veces que allí no tendría las mismas oportunidades que aquí. Pero sus facciones le recordaban a diario que no pintaba nada en el mismo colegio que los señoritos. Sus señoritos, para él, cuando en realidad eran sus hermanos. La cabra tira al monte, ya se sabe.

Qué guapo era. Ahora estará cañón. Tenía el torso amplísimo, era fibroso. Con los labios gruesos y un brillo en el blanco de los ojos espectacular. Qué pelo más duro, qué piel más suave. ¡Y qué carácter! Tengo claro que nunca le vi como a un hijo, porque si no nunca le describiría así. Parece Mrs. Robinson, la señora de *El graduado* que se acuesta con Dustin Hoffman.

He de confesar que en mis sueños más perversos aparece Luis Javier montando a caballo y yo de amazona a los mismos lomos y desnuda. Tengo miedo de verle hoy. Re-

cuerda, Nada, esto no está bien. Piensa en otra cosa. ¡Ayyyyy, Nada, diminutivo absurdo de María Granada Peralta Guelbenzu, quítate esa terrible idea de la cabeza! ¿Quién dijo que la libido desaparecía con el climaterio?

Anda. No me acordaba de este Elio Berhanyer. Es casi exacto al que me compré ayer en Dior y traerán arreglado esta tarde. Les dije que vinieran de siete a ocho. Espero que llegue antes que los hijos de Flori, porque estaré liada con la bienvenida. Qué coraje. Me siento mal por no haberle dado permiso para ir a buscarles al aeropuerto, pero tanta emoción no le viene bien a la pobre mujer, que ya es cardiópata a sus años. Lo hago por ella, ya me lo agradecerá.

Lo confieso, cada vez me sienta peor que me tengan que coger el bajo de los trajes. Con lo que yo he sido. Empiezo a encorvarme. Como una vieja. Pero ya tengo edad de serlo. Bien visto, a mis 58 años ya era hora de que me arreglaran una prenda. Hasta ahora solo me la habían estrechado si no había algo de mi talla y tenía que conformarme con un ejemplar más grande. Siempre he sido fiel a la 36. Pero mis renunciadas me ha costado. Comer huevas de salmón a cucharadas está bien, pero untaditas con queso en un blini, pues mucho mejor. Qué delicia que estallen bien fresquitas en la boca. Qué placer. Voy a decirle a Marga que reserve en el ruso ese buenísimo de al lado de Las Cortes la semana que viene.

Qué calor hace aquí dentro. ¡Cómo pude olvidar encender el aire acondicionado! ¡En Madrid a estas alturas del día el asfalto se derrite!

Este ejemplar de Elio me hubiera servido para el cóctel del martes en la embajada de Italia. Si se entera mamá de

que me he comprado un Dior nuevo, me mata. Ahora le ha dado por decir que tenemos que ahorrar por lo que pueda pasar. Pero alguien tendrá que hacer gasto para que España funcione, ¿no? Además, que yo sepa, papá lo dejó todo atado y bien atado. Qué suerte tuvimos con él.

—¡Floooooo-rííííí!

Parezco boba. Que no la llamo más, hombre, que no. Además, mejor que acabe lo que está haciendo. Marga dice que Dior ya no es lo que era desde que despidieron a Galliano, pero yo no he notado tanta diferencia. El vestido de terciopelo azul marino que compré ayer es maravilloso. Me está que ni pintado. De monada total. Con escote por detrás y hombreras puntiagudas. Apenas hay que tocarlo y no tiene que envidiar a ninguno de antaño. Pesa un quintal, seguro que me costará mantenerme erguida con él más de media hora. Que no se me olvide pedir cita en Maribel Yébenes para que me exfolie la espalda. Me están saliendo las mismas manchas que en las manos y necesito a la voz de ya un buen bañito de ácido glicólico, retinoico o de lo que sea. En esa zona es donde se ve si una es vieja o no.

Marga, en el fondo, lleva razón. Ir a la tienda de Dior de Lista ya no es tan divertido como antes. Hasta hace una década, entrabas y disfrutabas como una enana. Campabas a tus anchas en el probador. Espiabas cualquier rincón y nadie te ponía mala cara si no comprabas. Tenías la sensación de que te habías colado en el Louvre de noche. Te atendían de mil amores y, si te encontrabas con alguien, siempre eran mujeres elegantísimas por las que matarías



para meterlas en tu círculo. Generalmente eran señoras del norte, de Bilbao o San Sebastián, que venían de compras a Madrid una vez por temporada con el chófer de su marido para cargarles las bolsas. ¡Vaya sinvergüenzas, algunas iban en coche oficial porque estaban casadas con concejales del PNV!

En realidad, eran señoras cuyo estilo no sabías si era chic o provinciano.

También era frecuente ver a algún señor que compraba pañuelos, joyas o perfumes por partida doble. Para su amante y para su esposa. Aunque siempre decía que era para su mujer y su hija. Venga ya, ¡lo hacía para no confundirse luego! O quizás para reconocer a sus hembras, como si las marcara a fuego con el hierro de una ganadería, ja, ja.

Pero también se veía la versión a la inversa. A una señora quemándole la American Express a su marido después de unos cuernos o una discusión fuerte, porque prefiero pensar que no lo hacía tras una paliza. Y si era así, pues iba muy bien maquillada. Como en aquel entonces pasabas una tarjeta y no te pedían el DNI, era muy fácil usar la de otra persona...

En Dior había hasta un sillón de orejas donde Ricardo leía el periódico y no le importaba esperarme mil horas mientras me empaquetaban la tienda entera porque nadie le molestaba. Hasta le ponían un *whiskito*. Ahora solo hay un pequeño puf de capitoné que seguro que ni es de piel. Antes reinaba el silencio.

Ayer, cuando me decidí por el modelo de terciopelo, que, por cierto, se notaba que lo habían sobado ya mil personas por las huellas marcadas a contrapelo, es decir, porque

la tela estaba como despeinada y opaca, vi a una señora con los tobillos del mismo tamaño que el de los elefantes que caza el rey, sentada en una silla de metacrilato. Una de esas sillas que se apilan en las terrazas de los restaurantes que presumen de ser buenos pero que en el fondo son una basura.

Buf, estoy harta de ir a comer huevos revueltos al restaurante Alcalde de Jorge Juan... Se come genial, pero ya me aburre, necesito sitios nuevos y, no me voy a engañar: necesito gente nueva. Otros alicientes.

Pues aseguran que esas sillas son un diseño de Philippe Starck, pero yo las he visto en internet por dos duros. En fin, ¡la buena doña se puso a contar billetes delante de todo el mundo y pagó al contado un bolso Miss Dior que en ella parecía pura imitación! ¡Qué desfachatez! ¡Como la Pantofaja! Por si fuera poco, nadie estuvo pendiente de mí en el probador.

—Flori, cieleteeee...

Igual si me oye llamarla dulcemente, me hace caso. Ni de coña. Hablando de bolsos... Tengo que reordenar los de esta balda. Como algunos son de piel blanda y no se sostienen de pie, pues los pongo uno encima de otro, no los tengo a tiro y luego no me acuerdo de ellos. Pero eso me pasa con todo, si no tengo mi ropa bien a la vista, pasa a peor vida.

Menos mal que es grande este vestidor. Ricardo se resistía a levantarlo dentro de nuestro dormitorio, pero para mí, hoy por hoy, 25 metros cuadrados se me quedan pequeños. Que aún me queda mucho por comprar. El despa-

cho de Ricardo, además... Lo tiene de adorno. Es el cuarto de la caja fuerte, nada más.

Y aún nos sobran otros 60 metros para el baño y la biblioteca... ¡Pero lo mejor es que ni nos tropezamos! Qué bien empleados esos 6.000 euros en una cama con canapé de 2 × 2 metros. ¡Ni rozarnos tampoco! ¡Ni tan siquiera con pesadillas! Creo que no abrazo con ganas a mi marido desde que murió mi padre.

La pena que tengo es que las niñas no son tan cuidadas con la ropa como yo. No son merecedoras de una herencia como esta. Solo Ricky. Mi pequeño Ricky. Si le diera por travestirse con estilo, no me importaría nada. Pero esto jamás lo diré en público. Él es el único que me quiere en esta casa. Pero lo hace demasiado. Depende muchísimo de mí y eso no es sano. ¿Será gay? No me atrevo a preguntárselo. Yo creo que solo es sensible. Está tan gordo como su padre. Voy a tener que operarle. Quizás el balón gástrico sea menos agresivo... Fuma como un carretero. No se cuida nada. Es compulsivo. Comiendo, hablando, fumando... Qué desgracia y qué desgraciado.

Me duele el alma pensar que cuando yo falte sus hermanas no se ocuparán de él tan bien como lo hago yo. Pero claro, tampoco tiene síndrome de Down y cada una tiene que vivir su vida. La única culpable del Edipo de mi niño soy yo. Me admira demasiado. Menos mal que si faltó yo, tiene a Flori. A no ser que me la secuestren sus hijos esta tarde. Porque llegaban a las ocho, creo.

—¡¡¡Flori!!! [¡¡¡Coño!!!, pero esto lo pienso, porque yo jamás digo tacos].